

del campo y en la grandiosa quietud de las llanuras de su patria.

Sólo un día se irguió como una figura de acero.

Entraron una banda de borrachos, y, viéndole en el lugar de siempre, le quisieron hacer bailar el can-cán á toda costa.

Resistióse como un héroe; empujaronle; rióse por vez primera en la casa; por vez primera lloró el moro; animáronse aquéllos, y, sin poder lograr lo que querían, lanzáronle á la desierta calle de Montmartre.

Allí le vimos respirar la soledad con toda la fuerza de sus pulmones.

Allí le vimos, entre la luz del crepúsculo, andando con esa vaga tristeza de una sombra que se aleja entre las sombras.

Seguido de su inseparable perro, vímosle por última vez marchar errante en dirección á Oriente, para entrar en ese París inmenso, que es para todo emigrante el desierto verdadero.

X

Impresiones de llegada

Ya que el año despunta con frío, hablemos del frío para empezar, y luego veremos. Es cosa sabida que la conversación climatológica ha sido siempre muy socorrida. Dos se encuentran por la calle, ó en visita, ó

en el teatro, ó en donde sea, siempre que lleven el pensamiento parado, es recurso seguro para salirse del paso comentar el calor que sufre el hombre en verano ó el que no sufre en invierno. Uno y otro se cuentan sus fríos ó sus sudores, y, á estilo de comedia, se lo repiten en alta voz para que el público se entere, y por este sencillo *palabreo* queda todo el mundo tan satisfecho. Así yo, pobre mortal, que he de renovar los artículos desde el Molino, encontrándome sin saber cómo empezar, lo que es molesto, y hallándome con el frío como tormento y recurso, á él me acojo para que libre de apuros mi ánimo, ya que tan apurado tiene mi cuerpo.

Porque cuando en pos de un no sé qué, incierto como una nube sin forma, se dejan aquellas playas de Sitges que dejamos; ay! míseros de nosotros, donde el sol, como en nuestros antiguos dominios, nunca sale porque nunca se pone, ya que deja siempre rastro de reflejos aun andando por los antípodas; cuando se deja aquella eterna dulzura del aire sin falsificación recibido y directamente aspirado; cuando se deja una tierra que, á más de ser buena por ser nuestra, lo es también porque lo es, y se encuentra uno atravesando todo un mapa blanco como la nieve, sin metáfora porque nieva, y tiritando de frío, bien puede uno quejarse y hacerlo servir de pretexto para calentar el ánimo.

Pero, hablando con justicia, así Dios nos libre de este frío, si la impresión primera al salir del último tinglado en que pára el tren, reclama abrigo para el cuerpo, pronto el alma siente el calor de la vida que exhala la capital por sus gigantescos poros; pronto la fiebre del gran París hace correr la sangre

con más brío que en otras partes ; y esto y otras causas más, y el fuego ignorado que mueve la máquina del pensamiento en este horno inmenso, sirven de calorífero, contrarrestan el frío de la atmósfera... y váyase esto por aquello, que todo está equilibrado en este mundo, y el que no se consuela es que no quiere.

Otra de las primeras impresiones que sentimos, apenas llegados á la metrópoli, los que venimos de países más quietos, es de ruido, de un ruido que nos deja semi-atontados. Aquel movimiento incesante, aquel ir y venir de coches de todas formas y cataduras, con el cochero delante, ó detrás, ó subido, entre sábanas, allá en las altas regiones de los ómnibus, no asomando más que una nariz helada por los vientos que deben pasar por allí ; aquel bati-burrillo intrincado de vehículos de todas edades que se enredan en cada esquina, deteniendo el paso de todo ciudadano de la clase de infantes y poniendo las existencias en peligro de perderse, por todos los días que les queda de vida ; aquel clamoreo de hombres, mujeres, grandes y menores de edad anunciando á grito limpio diarios y otros papeles ; todo aquel coro de ruidos acumulados que forman como la voz de la gran ciudad ; todo aquel rumor de humanidad en movimiento ; sobrecogen los oídos del morigerado forastero, les dejan en estado de aturdimiento obligatorio.

Recibida esta primera herida en las trompas de Eustaquio, le toca el turno á los ojos, y de paso al entendimiento, que se asusta de lo que llega á inventar el hombre para servir de reclamo. En los kioscos y sumideros, en los barracones y fachadas, en

las paredes y doquiera haya un palmo de *terreno* anunciante, los anuncios se acumulan allí que es un primor encarnizado. En los cristales de los tranvías y en su techo, en la entrada y en la salida, en la baranda y en el asiento, y en todo el mueble, ha de enterarse, quiera ó no el viajero, de unas píldoras maravillosas, de unas estufas permanentes y anti-afixantes, de un elixir inverosímil, de un invento fantástico, de mil cosas y pormenores é intrigas de boticarios, que no quisiera saber y que le persiguen como una lluvia de letras del alfabeto, capaz de causar el *mareo tremens* á toda testa, aunque sea coronada. Y ¡ ojo ! que no pára aquí esta persecución del anuncio, esta lectura involuntaria, esta inoculación del reclamo, sino que se prolonga en los cafés, en los teatros, en el plato en que se come, en el fondo del vaso, en la tierra, en el aire, en el subsuelo, en la luz y á los cuatro vientos cardinales, y es imposición á la que ha de acostumbrarse á toda prisa todo el que sepa leer, so pena de perder la orientación y la memoria con ella.

Pero lo que han de perder á todo trance los que llegamos de ahí, del dulce país del vino y las naranjas, es la calma, aquella santa calma hija del sol y de un clima bondadoso, aquella placidez en el andar, gozada y adquirida bajo los plátanos de nuestra frondosa rambla, aquella indolencia soñadora que se cría de ese lado del Pirineo. Porque á pesar de nuestra actividad, tan cantada con razón, la impresión recibida de primer intento es de que aquí la gente y sus semejantes llevan prisa, mucha prisa, más prisa de la que conviene á la buena conservación de la salud, según deben cantar las hi-

gienes de más renombre que no he leído... (A. D. G.) Todo el mundo anda como preocupado en estas calles sin fin, todos siguen su camino sin hablar, sin mirarse cuasi unos á otros, en línea recta siempre, siempre como perseguidos por algún acreedor incansable. El andar es aquí un medio para llegar á un fin, y no un pasatiempo agradable, y nosotros los que venimos de ahí echamos de menos aquellos corros de campechana gente, discutiendo en medio de la calle como en país conquistado; echamos de menos aquellos menestrales de Arrabal y de Ribera, dibujando con el bastón sus proyectos y quimeras sobre la arena, aquellas sillas donde sentarse al aire libre y descansar de las fatigas de la vida, y, sobre todo, el paseo aquel de Colón, moro á medias por sus palmeras y cristiano por el nombre, que, á verlo quien se lo dió, allí se quedara aletargado sin meterse á navegante ni á descubridor de Américas.

Y esta agitación de un pueblo, esta simbolización del Judío Errante, dura todo el día y todos los días, y continúa por la noche con más actividad si cabe. Tanto foco y tanta luz, y globos y reverberos tantos, son otra impresión que nos impresiona ó no, según el temperamento. Faltos aquí, durante todo el día, de ese cielo tan claro que Dios nos da ahí por darnos algo, el hombre (ya de sí astuto) se las compone de manera de alumbrarse por medio de sus inventos, poniendo con ellos un suplemento á la vida, á fin de que no sea tan triste y fugaz, como aseguran filósofos bien enterados.

Los parisienses gustan de divertirse (y hacen bien). Aman el teatro, la música y la coreografía con

todas sus consecuencias, y en estas artificiales horas que adicionan al día, ó sea por la noche, las puertas de los conciertos, cafés cantantes, edenes, óperas serias y cómicas, abren sus luminosas fauces y engullen en su seno todo este pueblo que busca las emociones del espíritu y las sensaciones del arte.

Porque aquí ¡vive Dios! se le quiere al pobre arte, se le discute, se habla de él con cariño, se le mimas, se le cuida, se le cultiva, y por él y con él se trabaja con ahinco, porque este pueblo, que tanto gusta de divertirse, ama el trabajo (y también hace bien), y el trabajo artístico sobre todo. La simpatía que inspira París ya á la llegada, y ésta es la verdadera, no nace de su movimiento, que aturde, ni de su grandiosidad, con ser tanta, sino de la atmósfera saturada de arte que aquí respira todo y que en todo trasciende, así en la arquitectura como en el vestir de las mujeres, en las grandes obras y monumentos como en los pequeños cachivaches, hijos del capricho de momento. La vista bien educada, raramente siente la molestia de una desafinación de mal gusto: la mirada recorre con sosiego la gran ciudad sin que los nervios de la estética se sobresalten; y á pesar del ruido aquel de que hablábamos, que suena como un rumor eterno, se siente aquí su armonía, la armonía de una orquesta colosal bien acordada.

Y al escuchar la armonía de una civilización que lleva á tal refinamiento el gusto por las letras y las artes, espanta considerar el cúmulo de cerebros que han funcionado á toda máquina para llegar á tan espléndido resultado, la selección de ideas que en este centro ha tenido que operarse en el curso de los siglos, el extracto de pensamiento y la concentra-

ción de fuerzas que han sido y son necesarias para mantener el fuego sacro en este inmenso bullidero.

No hay más que ver en librerías innumerables la inundación de obras que llueven como un diluvio de letras, pasan de mano en mano, recorren la ciudad de parte á parte, hasta morir en la baranda del muelle del Instituto ó vivir en algún rincón de biblioteca ; los centenares de imprentas que hace mover la fuerza del pensamiento ; los miles de cuadros que de los talleres se lanzan á las exposiciones continuas, á los estantes de las tiendas y al mundo entero ; las múltiples manifestaciones del arte aplicado á todo. No hay más que entrar un momento en cualquier tertulia, para oír las eternas discusiones del libro lanzado á la venta, del artista á la moda, de la comedia recientemente estrenada, del cuadro de sensación, de todo lo que sea fruto de la humana inteligencia, y oír el choque de la batalla defendiendo cada cual su escuela, detallista, independiente, simbolista, impresionista, decadente, ó lo que sea, con el amor del que se siente arraigado á una idea y la defiende con valiente entusiasmo.

Por todas estas impresiones y muchas más se va pasando á la llegada. Alegres unas y otras tristes, todas llevan al corazón algo de una emoción, algo que nos abrumba con el peso de lo grande y que hace que nos sintamos pequeños y como perdidos en este mar de gente, que va y viene y pasa y vuelve á pasar sin reposo, en cuyo hormigueo ni una cara amiga encuentran los ojos ni el alma una sonrisa conocida.

XI

La Sociedad protectora de animales y plantas

Si bien tenemos gran confianza en los refranes, por ser valiosos documentos que datan muchas veces de aquellas primeras páginas de la historia en las que no pasaba nada, no siempre seguimos sus consejos. Lo de *Si vols está ben servit, feste tu mateix el llit*, por ejemplo, podrá ser máxima prudente, sapientísima, saturada de conocimiento del humano corazón, pero que llevada á la práctica tiene inconvenientes gravísimos.

El hombre, haciéndose la cama, á más de apropiarse las atribuciones propias del otro sexo, generalmente duerme mal, ya porque encuentra más pliegues en las sábanas que en manto de matrona romana, ó porque siente el jergón que se inclina del lado de una libertad mal entendida, ó por otras múltiples causas y razones que, aunque lo son, no las pongo por si acaso no lo fueran.

Estas reflexiones nos hicimos un día ya lejano, una tarde ó una mañana de otoño ó primavera que, previos informes, tomamos un ama sin llaves, con la misión expresa y delicada de desmentir aquel refrán primeramente, y luego de venir dos horas todos los días y emplearlas en cuidarse del ajuar, mobiliario, buen orden, aseo y compostura del molino, de no cuidarse de nosotros y de disputar con plan-